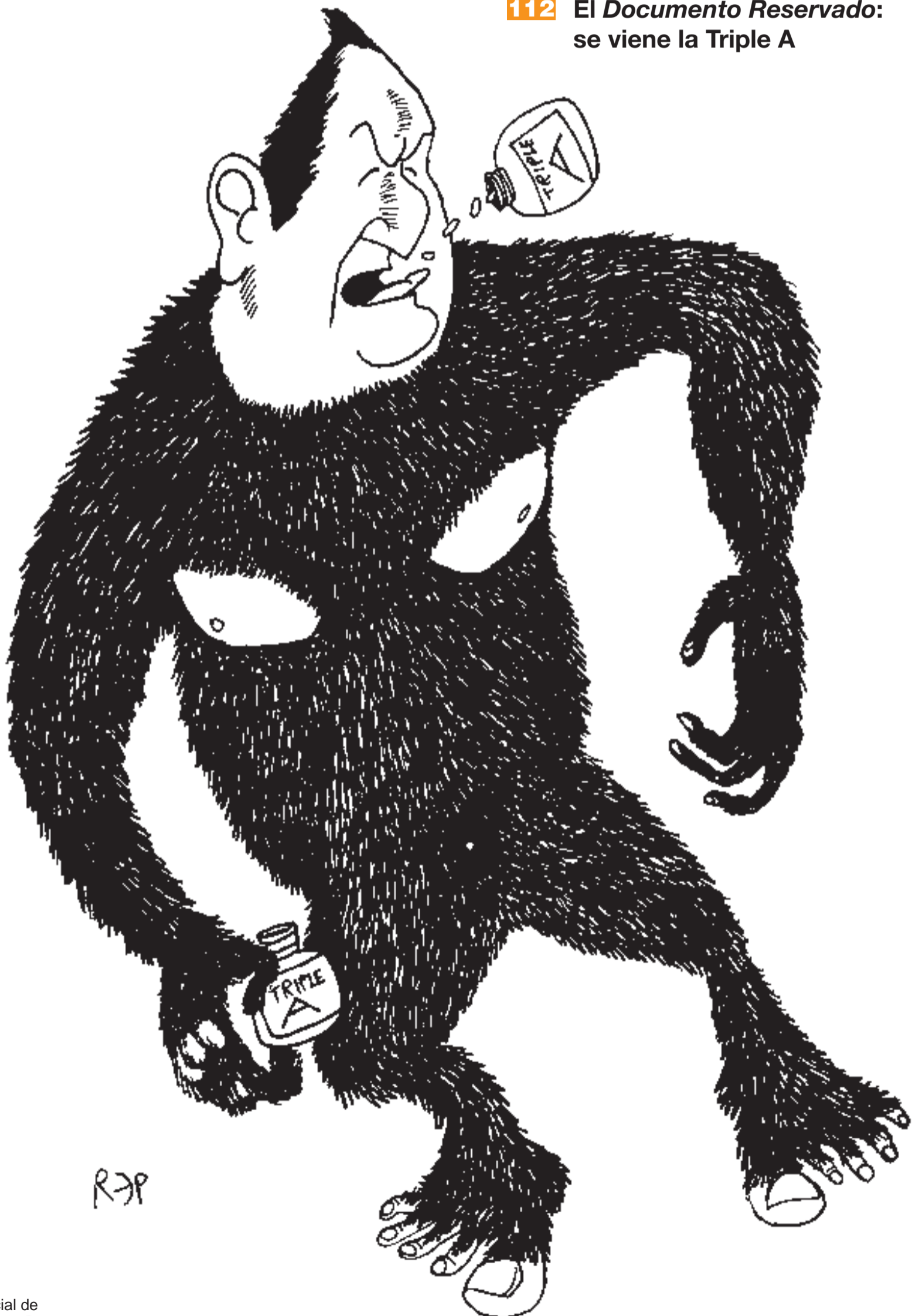


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

112 El Documento Reservado:
se viene la Triple A



LA BASURA

Tengo un CD con los reportajes que Felipe Pigna recopiló en su libro *Lo pasado pensado*. Supongo que muchos deben tenerlo y mejor si es así.

Pigna hace muy bien sus entrevistas. Utiliza la técnica del silencio que impulsa al entrevistado a cubrir los huecos que la técnica produce. Si el entrevistador no interrumpe a menudo –como suele hacer la mayoría–, el entrevistado se siente responsable de lo que está ocurriendo. Siempre que se está frente a una cámara algo disinto a la realidad tiene lugar. La vida no viene con cámara. La cámara implica la inmersión de lo vivido en lo totalmente visible, o en lo vivido en tanto espectáculo o show. Consciente de esto, Pigna le deja el show al entrevistado. Esto es lo que jamás podrían hacer algunos periodistas “estrella”. En principio, siempre se empeñan en demostrar que son más brillantes, más rápidos e inteligentes que el entrevistado. Pigna no se propone nada de esto. Por consiguiente, el entrevistado se exhiba, se desvía, vuelve y siempre dice *más* de lo que pensaba decir. En una entrevista a Juan Bautista Yofre (ex jefe de la SIDE de Menem, autor de libros con esos datos que sólo se arrancan de los rincones más oscuros del poder, que se han vendido bien y cuya tal vez más honda utilidad la hayan revelado durante sesiones judiciales personajes tan unívocos como el general Luciano B. Menéndez o el capitán Astiz al utilizarlos en su defensa) se produjo un hecho un poco estremecedor. Yofre dice: “En el ’73 (asunción de Cámpora) yo voy a Plaza de Mayo a las 4 y media de la mañana. A eso de las 4 y media, cinco, me incorporo a una columna de Montoneros que venía de La Plata, y nos sacaron a los panzazos de ahí (...) Aunque suenen un poco duro, la basura salió a la superficie y gran parte de ella estaba en la Plaza de Mayo”. Pigna, inmutable, la mano bajo la barbilla, sin dejar de mirarlo, deja pasar un largo momento. Como detecta que Yofre no continúa, dice: “¿Qué era la basura?” Yofre dice: “Era Montoneros, ERP, FAR, FAP, todo lo que había ahí. Es decir, todos los que nos hubieran llevado a un sistema similar al de Cuba, Vietnam, la Unión Soviética, de haber triunfado”. Conventrá retener este concepto: *basura*. Esté uno o no de acuerdo con alguien o algo, identificar a un grupo de personas con la basura es grave. No bien Yofre lo dijo recordé esa imagen de la limpieza final de los campos de concentración: esa topadora que va arrastrando cadáveres o meros huesos como si fueran precisamente eso, basura. Seguramente en el campo de concentración que el general Menéndez regentaba en Córdoba se producía mucha *basura*. No es casual, entonces, que el libro de Yofre reposara en sus manos. Habrá que analizar (en esta época en que se producen tantos libros políticos) dónde terminan por ir a parar. El de *Tata Yofre*, por ejemplo, a las manos de Menéndez y de Astiz. (Y no hablo más del señor Yofre porque –sencíllamente– le tengo miedo. No sólo por mí, muy especialmente por el país.)

UNA NOVELA SOBRE EL PEPE FIRMINICH

Vuelvo a Pigna. Su entrevista a Firmenich es notable. Sin embargo, en el libro que la recoge hay algo que no figura, que no transcribió. Y que es importante. En *Lo pasado pensado*, Pigna escribe sobre la muerte de Rucci: “El crimen se atribuyó a los Montoneros y, aunque la organización guerrillera nunca se adjudicó oficialmente el atentado, algunos de sus miembros admiten la autoría de los hechos” (Pigna, *ob. cit.*, p. 236). Y sin ningún rodeo le pregunta a Firmenich:

—¿Por qué mataron a Rucci? Firmenich empieza diciendo: —Rucci fue uno de los responsables de la masacre de Ezeiza. Éste es el sentir popular...

Pero en el CD no larga de este modo. Hace una introducción algo vacilante, como si no se decidiera a decir lo que va a decir y, por fin, dice:

—Me voy a guardar de dar la opinión porque es más complicada la muerte de Rucci y tengo mis dudas sobre algunos implicados, algunos participes.

Es decir, el Firmenich que le dice a Bonasso —el 25 de septiembre de 1973– el célebre “Fuimos nosotros” que se diseminó como reguero de pólvora por toda la militancia, en la entrevista con Pigna *se guarda de dar la opinión*. Lo que concretamente dice es:

—Rucci fue uno de los responsables de la masacre de Ezeiza. Éste es el sentir popular, el sentir de la militancia de la tendencia revolucionaria. Nuestra gente coreaba alegremente su futuro inminente. Nuestra consigna era “Rucci traidor, te va a pasar lo que le pasó a Vandor”. Después de su muerte, en actos masivos se coreaba: “Rucci traidor, saludos a Vandor”. Rucci se había convertido en un abanderado de decir “hay que matar zurdos”. Rucci era una avanzadilla del terrorismo de Estado. El discurso de la derecha peronista era “hay que masacrar a los zurdos infiltrados”. Nosotros no éramos ningunos zurdos infiltrados y aunque lo fuéramos, nadie tenía derecho a masacrarnos (...) Y luego, la muerte de Rucci fue tomada como el acto de justificación moral de que la Triple A saliera a

masacrar a mansalva a militantes de la izquierda peronista” (Pigna, ob. cit., p. 237).

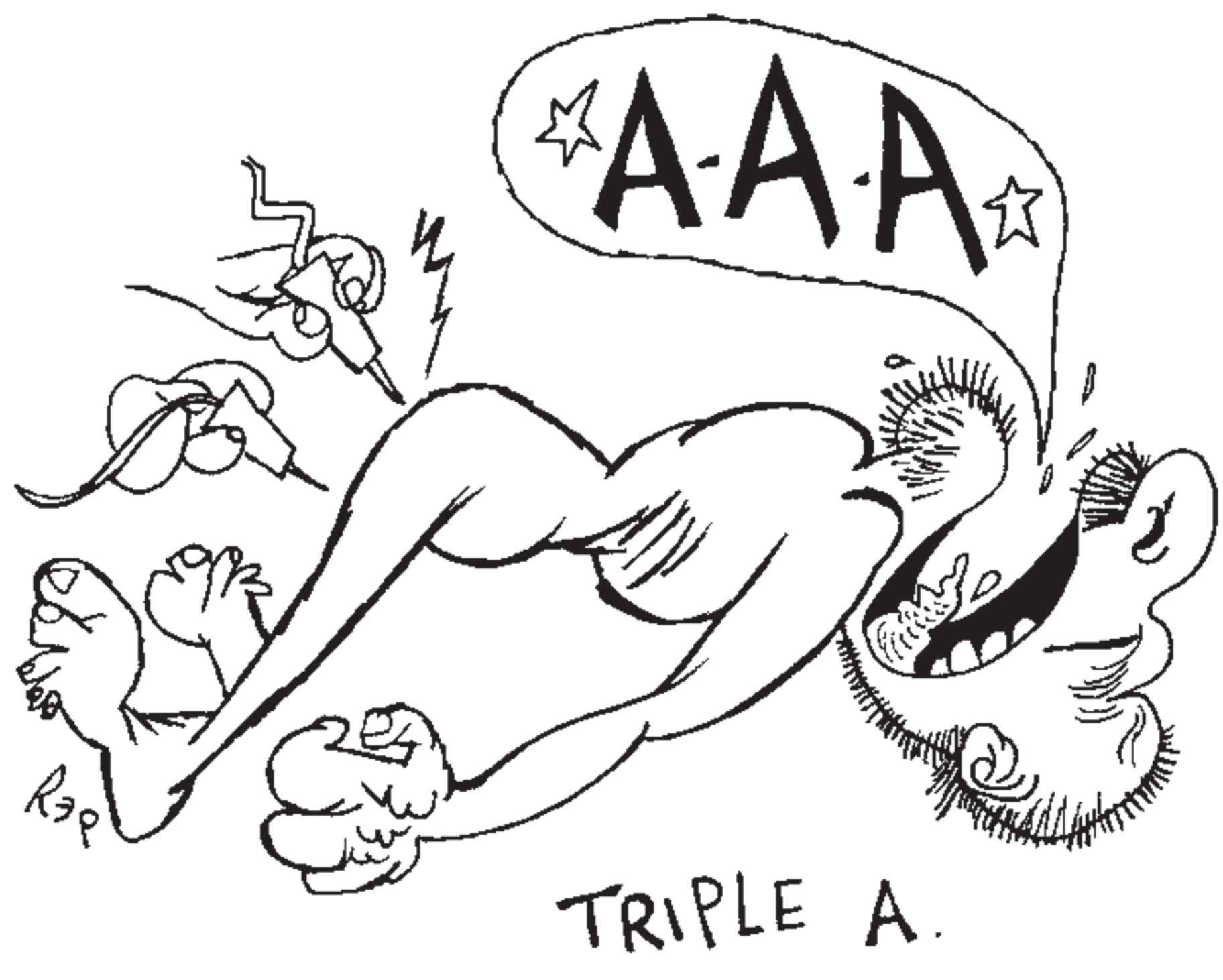
Que los Montoneros mataron a Rucci será muy arduo de probar fácticamente. Sin embargo, los montos lo mataron desde el primer momento en la conciencia de la militancia. Eso que Bonasso narra que Firmenich le dijo (“*De manera fría y seca, nos confirma oficialmente que Rucci fue ejecutado por la Organización*”, ob. cit., p. 141) recorre los cuadros, enciende las discusiones, precipita las rupturas con la Orga. Todos aceptaron lo de Rucci. Nadie lo discutió. Se dijo que habría sido más lógico bajar a López Rega o por qué no se lo bajó después de Ezeiza al Brujo y ahora se bajaba a Rucci a dos días del triunfo electoral de Perón. Se discutieron miles de cosas. Y ya veremos las discusiones acerca de la justificación de romper con la Orga. Lo único que no se discutió es que por ahí la Orga estaba asumiendo un asesinato que no le pertenecía. Esta hipótesis existe. Y no la larga cualquiera. (Aclaro: me pasé todos estos años puteando a los montos por lo de Rucci, pero aquí tengo que analizar las restantes posibilidades). Martín Edwin Andersen escribe: “Unos pocos oficiales policiales de alto rango pusieron en duda más tarde en forma privada la teoría de la intervención de la guerrilla en el asesinato. Para ellos el ‘golpe’ parecía demasiado sofisticado. Poco después de su muerte, el Servicio de Inteligencia del Ejército y la Policía Federal dijeron a Robert Scherrer, un agente del FBI que estaba encargado de monitorear la violencia política en el Cono Sur, que Rucci no había sido matado por los Montoneros. Fue, dijeron, víctima de peronistas *ortodoxos* rivales que querían compartir su imperio. La Policía Federal había recuperado una Magnum calibre .357 Smith&Wesson dejada caer por uno de los asesinos de Rucci” (Andersen, ob. cit., p. 124). El FBI empezó a rastrear la pistola Smith&Wesson desde el origen mismo de la fábrica, encontró a alguien que se la había vendido a una azafata de Aerolíneas Argentinas, aquí se entusiasmaron, siguieron adelante, la azafata la había comprado para un amigo militar, todo seguía bien, ¿habrían matado los militares a Rucci?, siguen investigando, pero no, nada, sólo —arriesga Scherrer— una conjetura entre tantas otras: que lo mató gente contratada por el Ministerio de Bienestar Social. Tampoco falta la versión tipo Fernández Alvaríño. Este personaje —recordemos– había dicho que a Aramburu lo habían asesinado desde el Ministerio del Interior de Onganía, o sea: Imaz. Que Firmenich iba por ahí día por medio. También con Rucci se dice que los Montos se adjudican el atentado para fortalecerse pero lo hacen otros: organismos del poder, del Ejército, etc. El doble agente siempre es Firmenich. (*Nota:* Sobre Aramburu está el libro *Z Argentina, El Crimen del Siglo*, Buenos Aires, 1973, no consigna editorial. Este hombre algo extraviado mentalmente es el célebre Capitán Gandhi que corta la cabeza de Juan Duarte para ver si se suicidó o lo mataron. Un loco más loco que todos los de la Libertadora juntos. Y eso que estaba llena de locos esa *revolución*.) Pero no hay que desdeñar una novela que —si bien no se destaca por su buen gusto– guarda cierto atractivo. Es una novela sobre Firmenich. No sé si existe otra. La escribió Jorge Emilio Nedich, un autor de origen gitano, nacido en 1956, que da clases en la Universidad de Lomas de Zamora y fue finalista del Premio Planeta. Son largos monólogos de Firmenich. A veces de Galimberti y Norma Arrostito, a la que trata de un modo desagradable, machista. En fin, la novela se la agarra con ella y por su medio tiene la oportunidad de meter sexo desbordante y, según he confesado, para mí, al menos, desagradable e incluso insultante para una mujer que no merece ser maltratada, ya que bastante o demasiado lo fue en vida. El título de la narración es *El Pepe Firmenich*. Sobre lo de Rucci dice: “Dos días después de las elecciones, matamos a Rucci. Nos dejamos fuera de toda discusión política, pero como contestación a la solicitud de las 62 Organizaciones Peronistas y al 62 por ciento de los votos, les matamos a José Ignacio Rucci por traidor al pueblo trabajador. Tenía varios coches, departamentos desparramados en los mejores barrios de Buenos Aires, había hecho inversiones millonarias en el extranjero y se hacía cuidar el ojete por una veintena de pistoleros que no le sirvieron de una mierda a la hora de la verdad; el pueblo sabe que Rucci y los que son

como él o Coria, no representan ni a su abuela. Acá es donde apostamos a ganar la partida. Estamos confiados en que con actos como éste vamos a conquistar la simpatía de la gente y cuando vayamos a la plaza a festejar el triunfo peronista, el Viejo va a poder ver, mirar y comprobar que el pueblo está tanto con él como con nosotros” (Jorge Emilio Nedich, *El Pepe Firmenich*, Ediciones B, Buenos Aires, 2003, p. 148). Nedich está bien documentado y consigue momentos divertidos y otros patéticos. Por ejemplo: “Recuerdo el ataque de risa de Gaby cuando una multinacional para perfumes salió al mercado con la línea ‘Firmenich’. Las modelos iban vestidas con ropas de guerrilleras. También se reía de Palito Ortega, decía que el tipo había compuesto *Camino a la libertad* inspirado en la manzana de Trelew. Me aseguraba que ese tipo no tenía corazón, que era puro comercio; era el típico chupaculo del poder, me dijo” (Nedich, *Ibid.*, p. 96). De pronto, descubrimos que el Pepe tiene corazón, que es capaz de recordar a un compañero caído con un lenguaje duro, de verdadero macho. Así recuerda a Capuano Martínez: “Yo te vi los huevos, Carlos, los ponías en cada operación (...) Les decías a los aspirantes con tu alegría cordobesa que peleabas por Perón, por Evita, por la patria. Peleabas porque había un viejo

revolucionario (...) Todo buen compañero que está clandestino debe tener una mujer cerca, y toda mujer sabe que no puede estar lejos en esas circunstancias. Me siento muy parecida a las soldaderas mexicanas que se iban a la guerra con sus hombres” (Nedich, *Ibid.*, p. 63). En suma, una mujer generosa. Pero, ante todo, por su pasión revolucionaria, no por su pasión por los hombres. Por ayudar a los compañeros a sobrellevar las sequías de la clandestinidad.

EL MIEMBRO VIRIL DEL GALIMBA Y SU PREDILECCIÓN POR EL SEXO ANAL

Sólo me propongo demostrar —con todo respeto– que los autores de ficciones políticas suelen excederse, entregarse a su frondosa imaginación más de lo aconsejable. Cito también este pasaje de Nedich porque algun@s me han dicho que mis novelas *Carter en New York* y *Carter en Vietnam* son innecesariamente osadas y apelan —con frecuencia– a un lenguaje pagano. (En suma, que hay demasiadas malas palabras y una dosis de sexo que no esperanab de mí. Bueno, no las lean. Pero si se pierden *Carter en Vietnam* —que es una novela poderosa–, ¿qué puedo decirles? Jodansé.) Veamos —si queremos hablar en serio de novelas con *dosis de sexo*– este pasaje de Nedich. El



tomando una sopa flaca en una villa. Yo te vi el alma, compañero” (Nedich, *Ibid.*, p. 87). ¿Hace falta más para conocer a un hombre que verle el alma y los huevos? Luego, las hazañas genitales de Gaby Arrostito: “Pero sé que Gaby te levantaba de la calle con el auto y se metían a culcar en una casa clandestina. No niegues nada porque Gaby y yo nos contamos todo y venimos cogiendo desde hace rato”. Aunque: “En la Orga tenemos cierta moral que impide el puterío” (Nedich, *Ibid.*, p. 62). Es la versión sobre la Gaby que sus amigas denuncian como falsa en el ensayo de Gabriela Saidón: que Gaby iba de Firmenich a Galimberti, etc. Supongamos que a Nedich le venía bien para condimentar la novela. Debió haber elegido otra cosa. Pero se detiene para que Gaby aclare las causas revolucionarias de su prodigalidad: “Cada uno se enamora de lo que representa el otro, y fundamentalmente de lo que despierta en el otro. Y yo despierto cosas y me enamoro de eso que despierto. Soy menuda, morocha, de pelo corto, ojos negros, labios finos. Tiro con las dos, el mundo sindical sabe de mi capacidad de tiro. Todo hombre cojonudo repara en una comandante como yo y yo reparo en aquello, repito, en aquello que despierto: es mío, lo tomo. Es una manera de acompañarse en la lucha y también un modo de reavivar el fuego

centimtraje del miembro viril del Galimba?; 2) Si no lo sabe y es pura ficción, ¿por qué le negó los habituales veinte centímetros que es la longitud que todo hombre anhela? Salvo esos africanos que uno ve en algunos documentales y que lo hunden en la humillación. En serio: ¿por qué diecinueve centímetros y no veinte? Respuesta: porque diecinueve expresa un conocimiento más preciso. *Veinte* es la medida tradicional de un buen miembro viril. Diecinueve también, pero hay que haber andado por ahí con un centímetro; 3) Certo es que Nedich compensa el orgullo del Galimba. No son diecinueve centímetros de cualquier pija. Sino de una gorda; 4) ¿Cómo sabe que la señorita Bullrich (caramba, se me escapó el nombre, pero en la novela de Nedich figura varias veces con todas las letras) *sólo* cree “que el culo se hizo para cagar”? ¿Y si creyera que se hizo —por ejemplo– para sentarse? Porque sentarse sin culo, difícil. Arriesguemos: imposible; 5) ¿Y si creyera que se hizo para andar a caballo a lo largo y a lo ancho de sus estancias? Como vemos, novelistas y periodistas que quieren escribir con la “agilidad de una novela” sus textos se desbocan en sus alardes imaginativos. Por ejemplo —ya que estamos en el tema— cómo sabe Reato que Lino (el asesino —según su investigación– de José Rucci) exclama “¡Perfecto! Desde aquí seguro que le doy en el cuello a ese burócrata traidor”. Problemas que se presentan: 1) ¿Dónde estaba Reato? ¿Cómo escuchó a Lino decir esa frase? Nadie puede haberla escuchado. Lino estaba absolutamente solo. Salvo que Reato estuviera junto a él. Pero esto lo haría cómplice del magnicidio de Rucci y la gente de *Memoria completa* y *Justicia para todos* podría sospechar: a) Que es un montonero; b) Que hay que aplicarle la ley de lesa humanidad; 3) Algo más: ¿de dónde sacó Reato que Lino hablaba así, que iba a decir “ese burócrata traidor”? Es más verosímil que dijera “ese hijo de puta”. O que no dijera nada. ¿Quién anda exclamando frases cuando está por amasijar a un jefe de la Central Obrera?

TODAS LAS VOCES, TODAS

Las voces se suman para afirmar que fueron los montos. Por ejemplo, alguien tan confiable como Juan Manuel Abal Medina (padre) dice: “Rucci se había acercado muchísimo al General y el General lo quería mucho. Esta relación se había profundizado durante los últimos siete u ocho meses. Rucci era muy cálido en el trato mano a mano. Muy hábil y muy desenvuelto; contrastaba con Lorenzo, el que por la emoción que le producía estar junto al General y el respeto reverencial que le tenía, cuidaba mucho sus palabras. Y Rucci era todo lo contrario. Junto a Galimberti eran las únicas personas que he visto que le hicieran bromas a Perón. Y el General demostraba tener un gran aprecio por Rucci. Su muerte le causó un efecto terrible.

“Si bien hay dudas iniciales sobre la autoría del atentado, duran poco. Y yo creo que es el hecho que hace medio inargregable todo entre el General y los montoneros” (Ver: Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, ed. cit., p. 206).

Recordemos que cuando caminábamos por la calle Independencia rumbo a la Facultad —el día anterior a lo de Gaspar Campos– Miguel me decía: “No hay que ir con consignas duras. Al Viejo no le gusta que lo aprieten”. Darío Alessandro dijo: “Que nadie lo discuta, López Rega hijo de puta” y a Miguel le pareció un desastre, un apriete inadecuado, que iba a jugar en contra de la Jotapé. Y jugó así: el Viejo lo puso a López Rega. ¡Imaginen con esto! ¡Con este apriete! Era el apriete de todos los aprietes. Matarle a Rucci. Una de sus patas esenciales para poder gobernar.

Hay otros voces (y valiosas) que disienten con la teoría de echarle el muerto a los montos. Por ejemplo, Andrés Framini (el que ganó la elección de gobernador de Buenos Aires bajo Frondizi, los militares lo echaron a bayonetazos y a Frondizi a patadas del gobierno rumbo a Martín García): “Era buen peronista. Cometió errores como los hemos cometido todos. Cuando lo mataron pensó mal. Yo no sé quién lo hizo. A mí un día en un reportaje de televisión me preguntaron por el asunto de Rucci y yo dije pregunténselo a López Rega. No dije más nada, porque bien podía haber sido gente de López Rega. Yo no sé. Si fueron los muchachos, yo no sé. Ellos cargaron con las culpas de todo. Cargaron con todo: cada cosa que pasaba eran los montoneros. No podían zafar de ninguna.

Todavía es así” (Ernesto Jauretche, *ob. cit.*, p. 207). Error de Framini. Nadie les cargó la culpa a los montoneros. Ellos se la cargaron solitos. Durante los tiempos del gobierno de Cristina Fernández la cosa cambia: los montoneros dicen que ellos no fueron. Y la derecha procesista quiere a muerte que hayan sido ellos para poder juzgarlos (en caso de conseguir extender los delitos de lesa humanidad a los civiles).

Bonasso, en rigor, confirma la identidad de Juan Julio Roqué como autor del asesinato: “Anoche fuimos con Silvia a cenar a lo de Paco y Lily Masaferro. Estaba también Lino (Roqué) con su compañera (...) En un aparte de esta cena que acabó siendo tan gravosa para mí (Silvia es dura cuando se enoja), Lino me contó con pelos y señales el atentado contra Rucci. Incluso dibujó un pequeño croquis para que entendiera la operación, que fue difícil y compleja. El secretario general de la CGT se desplazaba con una gran custodia y no dormía nunca en el mismo lugar. Sin embargo, la Organización detectó que cada tanto se veía con sus hijos en una casa y montó el diseño operativo a partir de esa rutina. Se analizaron cuidadosamente las características del terreno y, horas antes de la operación, se redujo a ocupantes de viviendas vecinas para ocupar posiciones desde las cuales se pudiera hacer fuego y replegarse luego —en medio de la confusión– con relativa facilidad.

“La gran custodia fue efectivamente superada y Rucci cayó bajo el fuego cruzado. El relato de Lino me impresiona y me conflictúa a la vez: es indudable que la Organización nacida de la fusión entre Montoneros, Descamisados, FAR y un ala de las FAP, es la más poderosa con que ha contado el peronismo revolucionario en toda su historia, pero esa misma fuerza se le puede volver en contra si el temible anciano (...) nos lanza su anatema” (Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, ed. cit., pp. 142/143). Algo peor esperaba en el horizonte. El temible anciano era —en efecto– un anciano. En un diálogo íntimo había llegado a confesar: “La Argentina necesita un dictador. Y yo estoy muy viejo para convertirme en un dictador”. Uno —honestamente– diría que, pese a todo, lo intentó y con unos cuantos éxitos. Pero también es posible cuestionarle: “Si la Argentina necesitaba un dictador, ¿para qué volvió, general? Ya estaba Lanusse para eso. Y tenía al Ejército, no a la Triple A. ¿No se dio cuenta desde Madrid que si la Argentina —según usted tan aplastantemente dice– necesitaba un dictador, no era eso lo que todos esperaban de usted?” No, el que habría de lanzar el anatema sobre “la más poderosa organización con que ha contado el peronismo revolucionario en toda su historia” no sería un anciano. Sería el Ejército en su totalidad. Y el dictador, un chacal sediento de sangre. Un tipo seco, magro, la encarnación perfecta de la impiedad. De la muerte. Adelantemos algo: todo esto que estamos narrando y analizando lleva hacia él. No es una teología histórica, no es un devenir necesario. Pudo haber tenido alternativas. *Pudo haberse evitado*, dicen algunos pocos. Pero todos siguieron haciendo exacta, precisamente lo necesario para que la historia argentina se deslizara —más que hacia, digamos, su etapa más oscura– sencilla, directamente hacia el Mal. Esta obra —entonces– en algún momento tendrá que afrontar el problema del Mal. A esta altura de los tiempos creo imposible que la Historia —ninguna historia– puede analizar al margen de la cuestión del Mal. Tan evidente es su abrumadora presencia. Por no decir su triunfo.

Juan Gasparini —en *Montoneros, final de cuentas*– ofrece la siguiente versión: “En cuanto a lo de Rucci, si bien no hubo firma pública, para la militancia fue un secreto a gritos que ‘Traviata’ era la primera opereta de la flamante ‘OPM’. Firmenich la evocaría equívocamente once años después ante Jorge Asís luego de haberse rendido en Brasil el 13 de febrero de 1984. ‘Nosotros no matamos a Rucci. El error nuestro fue político, no haberlo desmentido en su oportunidad.’ No, pero sí. La equivocación no fue la ejecución sino el olvido de impugnarla. Si no se la negó fue para capitalizarla entre bambalinas y porque a Perón no debía quedarle duda de quiénes le ‘habían tirado el fiambre’” (Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas*, ed. cit., p. 71). (*Nota:* En 1984 di una conferencia en cierto auditorio que no recuerdo. Erán cuadros políticos y universitarios. Muchos peronistas, pero también de otros partidos. En determinado momento —yo estaba hablando de “la revolución”–, alguien, con un vozarrón en el que latían todas las certezas del mundo, me interrumpo y dice: “¿La revolución está presa en Río de Janeiro!”. Un poco atónito me lo quedé mirando. Todo el resto del auditorio también. Largo silencio. El tipo no añadió nada más. Yo seguí hablando. Al rato me di cuenta de que se refería a Firmenich. Costaba creerlo. “Pobre —pensé–, o es un melancólico o está pirado por completo.”)

Horacio Paino insiste en que fue López Rega, pero mete en la cuestión a un personaje de triste memoria: “En el número 975 de la mencionada revista *Gente*, de fecha 29 de marzo de 1984, se publica un reportaje a Juan Carlos Juncos. En este reportaje, Juncos admite haber sido el conductor de uno de los autos del Ministerio de Bienestar Social que intervinieron en el asesinato de Rucci; y reconoce también haber recibido de manos de “J.C.” (Jorge Conti) en la oficina 1077 del Ministerio, la suma de diez millones de pesos moneda nacional”

(Horacio Paino, *Historia de la Triple A*, ed. cit., p. 85). Jorge Conti era un periodista de Teleonce hasta que se metió en las entrañas del lopezreguismo. El 18 de noviembre de 1972 llegó a Gaspar Campos con las cámaras del Canal para registrar la alegría de la militancia juvenil. Todavía lo recuerdo: arriba de un camión de exteriores, con su sonrisa de porteño piola, pensando sin duda “ésta es la mía, esto no me lo pierdo”. Era un aventurero y un criminal. Y ese día estaba feliz. Veía ante sí la cara de la gran oportunidad de su vida.

El nombre de Rodolfo Walsh no está expuesto por Reato. Resulta claro que se refiere a él, pero evita mencionarlo y se justifica: “No es mi objetivo contribuir al escarnio de la memoria de nadie: tanto es así que en los casos de duda razonable he preferido omitir los nombres en cuestión. Ocurrió, por ejemplo, con un famoso intelectual y guerrillero que me fue mencionado por una fuente muy confiable como uno de los que colaboraron en las tareas de inteligencia, ayudando a interceptar las Motorolas de los autos de Rucci y de sus guardaespaldas. Pero como no encontré otras fuentes que ratificaran esa información y sus familiares me aseguraron que no sabían nada al respecto, no ha sido incluido en el libro” (Reato, *Operación Traviata*, ob. cit., pp. 19/20). Yofre, por el contrario, que no suele ser cauteloso, escribe: “Las ‘tareas de inteligencia’ les demandaron (a los Montoneros) unos cuatro meses de relevamientos, a las órdenes de Miguel Ángel Castiglia (‘Antonio Nelson Latorre’ o ‘Pelado Diego’) y Rodolfo Walsh (‘Esteban’ o ‘Doctor Neurus’)” (Yofre, *Nadie fue*, ed. cit., p. 251).

El muy documentado Martin Edwin Andersen ofrece otra versión: “El escritor Rodolfo Walsh, que había pasado de las FAP a los Montoneros, se enteró de la noticia de la muerte de Rucci por la radio. ‘No dijo nada’, recuerda el periodista Horacio Verbitsky (...), quien suele decir que estuvo con Walsh en el preciso instante en que el asesinato fue difundido por los medios. ‘Solamente se quedó escuchando, fascinado’” (Martin Edwin Andersen, *Dossier Secreto: el mito de la ‘guerra sucia’ en la Argentina*, ed. cit., p. 124). Que nadie lo dude: si Verbitsky dice que Walsh estuvo con él, ahí estuvo.

José Amorín no duda de la autoría de los Montoneros y condena el hecho desde la perspectiva de una verdadera política de masas: “Se había llegado al *record* de la participación del salario en el PBI. Esto es que la clase obrera, la ‘masa’ según Gelman, pasaba por un momento de bonanza económica. Bonanza capitalista, pero bonanza al fin y al cabo. En lo que hacía a su bolsillo, los obreros en particular y los asalariados en general, no tenían reproches para Rucci. Nada más lejos de la clase obrera que el asesinato de Rucci, al menos en términos coyunturales aunque yo creo que también en términos estratégicos” (José Amorín, *Montoneros: la buena historia*, ed. cit., pp. 265/266). Una de las frases más célebres de Perón es: “La víscera más sensible del hombre es el bolsillo”. La economía del país venía bien desde los tiempos de Lanusse. El nivel de vida de esos años era incomparablemente mejor al de los tiempos actuales. No había existido una década neoliberal de los ‘90. De esta forma, la situación concreta de las clases trabajadoras no daba para un alzamiento desesperado. Todo se jugaba desde la ideología. La idea de la “liberación nacional y social de la patria” tenía un componente más político e ideológico que económico. Sí, el imperialismo se llevaba nuestras riquezas, pero eran tantas que no había posibilidad de una rebelión determinada por situación de hambre o extrema pobreza.

Por último, Roberto Cirilo Perdía (a quien Yofre da como uno de los que *directamente* intervinieron en el atentado), dice: “Antes de asumir, el 1º de octubre, en una reunión con los gobernadores, Perón, Lastiri y el Ministro del Interior –Benito Llambí– formularon durísimas críticas a nuestro accionar (...) Era la respuesta de Perón a un hecho que había conmovido a toda la sociedad. El día 25 de septiembre, 48 horas después de la victoria electoral de Perón, José Ignacio Rucci –secretario general de la CGT– fue muerto, a la salida de una casa. Las

balas que segaron su vida pudieron haber partido desde diferentes trincheras. Pero la mayor parte de las miradas apuntaron hacia nosotros. Más allá de quién haya sido el ejecutor material de este hecho, nosotros pagamos su costo político” (Perdía, *La otra historia*, ed. cit., p. 200. Cursivas mías).

¿A QUÉ JUGAMOS?

Otra vez Bonasso. La cosa viene dura aquí. Apunto a una pregunta que surge de un texto suyo y que es difícil de formular y más difícil aún de responder. “Ayer (escribe), los integrantes de la célula que conduce el diario *Noticias* fuimos al Tigre, a la isla de Walsh, a realizar prácticas militares (...) Tiramos con revólver, pistola, carabina 22 y escopeta (una del 16). Debimos hacer bastante ruido, porque al rato comenzó a sobrevolar la isla un helicóptero y tuvimos que escondernos entre altos pajonales, como en las películas de guerra” (Bonasso, *Diario de un clandestino*, ed. cit., p. 143). ¿Como dónde? ¿Como en las películas de qué? ¿De guerra? ¿Dentro de qué estaban los montoneros? ¿Dentro de la realidad político-militar de un país artillado hasta los dientes o dentro de una película? Yo presenté ese libro de Bonasso. Y Bonasso es un tipo de buen humor, abierto y aceptó esa tarde todas mis críticas. Hasta los pibes de HIJOS. Uno, cuando terminé, dijo: “Sí, es cierto: nuestros viejos se mandaron unos cuantos mocos”. Corría el año 2000, y la persona que estaba a mi lado, y que había hablado antes que yo, me miro y dijo: “Bueno, al fin lo reconocen”. Era Cristina Fernández. Esa tarde –sin embargo– no me animé a decir la honda impresión que me había provocado ese pasaje del libro de Bonasso. La liviandad de las armas, el lugar elegido para las “prácticas militares” (la isla de Walsh), el susto cuando aparece el helicóptero, la huida hacia los pajonales y la confesión que cerraba el párrafo: “Como en las películas de guerra”. Resultó ser una de terror. La película. Y lo fue –en enorme medida– porque pensaron que era una de guerra. La película. Uno podría decir: la revolución no se hace yendo al cine. Uno podría decir: sólo confundir la praxis con la aventura puede llegar a alguien a creer que está en una película. Sólo el deslumbramiento, la fascinación hipnótica con los fierros puede hacer creer a los militantes que están protagonizando *Arenas de Iwo Jima* o *Regreso a Bataan*, películas que habían visto durante su infancia. “De regreso a la capital (sigue Bonasso), mientras esperábamos que llegara la lancha en el embarcadero volví a tocar el tema de Rucci”. Su amigo guapea y le dice: “Ahora (el Viejo) sabe que no puede llamarnos un día ‘juventud maravillosa’ y al siguiente pegarnos una patada en el culo”. Bonasso concluye: “No me conviene: sigo pensando que lo de Rucci ha sido un grave error y que podemos pagarlo muy caro” (Bonasso, ob. cit., p. 143). Ahí, en ese momento en que toma conciencia del costo de la acción miliciana contra Rucci, cuando advierte el “grave error” de apostar a los fierros, a la muerte, antes que a la política, se escapa de la película y empieza a pensar la compleja realidad en que está inmerso hasta el cuello.

EL “SOMATÉN”

Las cosas ya están planteadas. Los montos quedan fuera de la conducción de Perón. Perón dice “Me cortaron las patas”. Maradona –en el Mundial de 1994– había dicho “Me cortaron las piernas”. Las piernas, las patas, todo lo mismo. Maradona había jugado espectacularmente. Le metió a Caniggia una pelota de gol y fue gol y, luego, él mismo, de zurda, le metió en el palo derecho del arquero. Lo sacaron para el control antidoping y le encontraron la maldita efedrina, enemiga mortal del fútbol argentino. Perón, con las patas cortadas, luego de haber perdido un hijo, pierde la paciencia. Convoca a una sesión privada y empieza a diagramar a fondo la represión. Entre tanto, ya mataron a Enrique Grinberg, militante de las FAR. Se vienen los tiempos sombríos. Se viene –más que nunca– la resolución de los conflictos por la sangre. Si recurrimos a la teoría del *enunciador*, Perón pretendía –y con sólidos motivos– ser el

único. Los Montoneros, soberbios, torpes, cagándose en las masas, también se asumen como enunciadore privilegiados a partir del amasijo de Rucci. No puede haber dos enunciadore. Ni enunciador primero. Ni enunciador segundo. Si a alguien (a Perón en este caso) el pueblo lo vota con el porcentaje más alto de la historia argentina, ese tipo es el *enunciador único*. Y –como dijimos– el movimiento peronista se estructura (como el grupo sartreano) a través del *juramento*. Todos juran ser fieles a Perón. Pero la libertad de los agentes prácticos corroe al grupo. El juramento es una *cosa*. Esa cosa elimina la libertad de todos y los hace ser fieles –*leales* es la palabra peronista– al juramento. Aquí se jura ser fiel a un líder. Se delega en el líder la libertad de los individuos. Los Montoneros jamás la delegaron. Esto los escindió de grandes sectores de la juventud peronista.

Señores: se pudrió todo. La tragedia se consolida y el camino a la destrucción total se precipita. La muerte de Rucci enardece a Perón. Decide, como lo hizo con Ezeiza, que los culpables son los grupos marxistas que intentan infiltrarse en el peronismo. La palabra *infiltración* ya forma parte del léxico pródigo del General. El 1º de octubre convoca a una reunión masiva de sus fuerzas leales en la Residencia de Olivos. Vienen Lastiri –que todavía es presidente provisional–, el secretario general del PJ, Humberto Martiarena, los miembros del gabinete nacional (que Perón apenas si alterará al asumir) y todos los gobernadores de provincia con sus respectivos vices. Perón –*que ya, secretamente, le había prometido al Ejército acabar con la guerrilla*– se lanza a una perorata terrible, de un macartismo agresivo, guerrero. Nadie puede dudar: es la guerra. Todos lo escuchan decir: “Hay que terminar con los marxistas infiltrados, para evitar que destruyan al Movimiento Nacional Peronista”. Luego entregó a los suyos el célebre *Documento Reservado* que, sin embargo, *La Opinión* publicó al día siguiente, 2 de octubre. Se da esa fecha como la del nacimiento de la Triple A. Difícil compartir este criterio.

El 21 de noviembre se produce el atentado a Hipólito Solari Yrigoyen, senador radical. Estalla una bomba en su coche. Se salva. *Pero aquí, por primera vez, la Triple A firma el atentado*. Así, algunos creen que éste es su bautismo de fuego. Pamplinas. Primero ¿Alguien puede negar que fue la Triple A (tal vez no organizada plenamente aún) la que actuó en Ezeiza? ¿Alguien puede negar que fue a esos asesinos a los que Perón dio cobertura política en su discurso de 21 de junio? Segundo) La Triple A cometía asesinatos por todos lados pero no firmaba aún. Vamos a analizar el trabajo impecable de Sergio Bufano en el N° 3 de *Lucha Armada*. Ofrece una lista escalofriante de atentados y asesinatos sin firma. Esa lista ha sido elaborada por la confiable fuente de la *Latin American Studies Association*. Y la publica la *Universidad Autónoma de México* en 1978. “La lista culmina (escribe Bufano) un día después de la muerte del general Perón” (Sergio Bufano, *Lucha Armada*, N° 3, p. 28). También, poco después de la muerte de Rucci, Perón explica a los suyos la idea del *Somatén*. *Diccionario de María Moliner*: “Milicia de Cataluña formada por ciudadanos que se reunía a toque de campana para perseguir a los criminales o defenderse de un ataque. ¡Somatén! Grito de guerra de las antiguas milicias de Cataluña”. *Diccionario de Salamanca*: “Grupo de vecinos armados de Cataluña que se movilizaba en caso de emergencia”. El que llevó a la práctica la idea del *Somatén* fue Primo de Rivera. Este fascista español –a quien Perón admiraba– gustaba decir una frase que era una original refutación de la dialéctica marxista, no desde la filosofía, sino desde la acción: “A la dialéctica marxista opondremos la dialéctica de las pistolas”. ¿Quién mató a Rucci? Los Montoneros, por su soberbia, por su ineptitud política. Por asumir ese asesinato como una medalla al mérito revolucionario. Por creer que con él amedrentarían a Perón. Pero no. Se echaron encima a las peores bandas del país. A todos los matazurdos. Al *Somatén* peronista.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

**PRÓXIMO
DOMINGO**

Chile en la hoguera

IV Domingo 10 de enero de 2010